

Filosofía y Bioética

Pablo Simón Lorda *

Entrevista a DIEGO GRACIA

Diego Gracia, nacido en Madrid en 1941, es uno de los intelectuales más brillantes con que cuenta nuestro país en este momento. Médico, filósofo, historiador de la medicina y uno de los teóricos más señalados de la incipiente bioética española, es un hombre que, a pesar de tener un amplio reconocimiento en el mundo académico y una cierta proyección pública, resulta poco conocido para muchas personas.

P.S.- Diego, hay muchas personas que no conocen bien tu trayectoria vital e intelectual, ¿puedes hacernos un breve recorrido por tus primeros pasos como médico, historiador de la medicina y profesor universitario?

Yo empecé a estudiar medicina en Salamanca en el año 1965 por influencia de Laín Entralgo. No es que él me recomendara estudiar medicina. De hecho, yo no le conocía en esa época. Pero sí fui lector asiduo de sus libros, *Menéndez Pelayo, La generación del 98, España como*

* Médico de Familia, especialista en Bioética.

problema y, sobre todo, uno que me influyó especialmente, *La espera y la esperanza*. En la obra de Laín Entralgo vi lo enormemente creativa que puede resultar la creación filosófica a partir de una ciencia concreta o de un campo concreto de conocimiento. Cuando en 1960 comencé a estudiar Filosofía, lo hice con la intención de dedicarme a ella completamente. Pero durante esos años se dieron dos acontecimientos que iban a determinar en buena medida mi vida intelectual. Primero, la aparición en diciembre de 1962 del libro de Zubiri *Sobre la esencia*. Y segundo, y quizá también como consecuencia de la lectura de ese libro, la convicción de que era necesario hacer filosofía desde el conocimiento de alguna disciplina científica. Y aquí es donde la influencia de Laín fue determinante. Me pareció que debía dedicarme a la filosofía del hombre y que la carrera de Medicina era la adecuada para ello. De ese modo, en 1965 comencé a estudiar Medicina.

Así pues, me parecía que la medicina era una profesión que permitía satisfacer mi interés por la realidad del hombre desde muchos puntos de vista al mismo tiempo. De todos ellos, uno de los que desde el principio me atrajo era el que se vislumbraba a través de la Historia de la Medicina. Tanto es así que, cuando estaba a punto de terminar mis estudios, en 1970, el entonces catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Salamanca, Luis Sánchez Granjel, me ofreció la posibilidad de quedarme con él en el Departamento. Yo por entonces era muy joven y no acababa de comprender lo que significaba que un personaje como Sánchez Granjel, uno de los padres de la Historia de la Medicina en nuestro país, me hiciese aquella oferta. Pero a mi se me ocurrió ni más ni menos que decirle que no, que no pensaba quedarme en Salamanca sino volverme a Madrid, pero que si me daba una carta de presentación para don Pedro Laín Entralgo, pues le estaría muy agradecido. Y a pesar del para él sorprendente rechazo de su oferta, como buen caballero que era, me hizo la carta. Así que al llegar a Madrid se la presenté a Laín y me puse a trabajar con él. Desde entonces nunca me han abandonado ya el saber y la amistad de

don Pedro, a quien debo por tanto más de lo que nadie se pueda imaginar.

Otra parte de la Medicina que me ha interesado siempre es la que tiene que ver con la mente humana. De hecho, en 1968 había obtenido el título de diplomado en psicología clínica en la incipiente Escuela de Psicología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Yo era entonces ya alumno interno de la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina, cargo que desempeñé desde tercero de medicina hasta que finalicé la carrera. La Psiquiatría, que estaba en quinto curso, la daba el profesor Francisco Llaveró, y la Psicología, que se estudiaba en segundo curso, Enrique Freijo, que además era profesor de Antropología filosófica en la Universidad Pontificia. Yo fui muy amigo suyo y también colaboré en su cátedra. Así que cuando se lanzó a la empresa de crear una Escuela de Psicología en la Universidad Pontificia, le ayudé en lo que pude y seguí los dos primeros cursos, y por tanto formé parte de la primera promoción. De vez en cuando veo a alguno de mis compañeros de curso.

Al acabar la carrera de Medicina, y ya en Madrid, me matriculé en la Escuela de Psiquiatría del Profesor López Ibor, a la vez que actuaba como médico de guardia de una clínica psiquiátrica de Madrid y comenzaba mi tesis doctoral en la cátedra de Laín. Aquello duró poco, porque en cuanto Laín pudo ofrecerme una plaza de ayudante, abandoné todo para dedicarme plenamente a la Universidad. En 1973 leí la tesis doctoral ("Persona y enfermedad. Una introducción a la Historia y la Teoría de la Antropología médica"). En 1974 obtuve el título de especialista en psiquiatría, y ese mismo año conseguí por oposición una plaza de colaborador científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el área de Historia de la Medicina. En 1978 obtuve la plaza de profesor agregado y, tan solo un año más tarde, al llegar la jubilación de Laín, la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense.

P.S.- Una de tus facetas más importantes es la filosófica, que se desarrolla en el entorno de la filosofía de

Xavier Zubiri. ¿Cuándo entras en contacto por primera vez con la filosofía de Zubiri?

Mi primer contacto con el pensamiento de Zubiri se remonta a mi adolescencia, con la lectura de su libro *Naturaleza, Historia y Dios* (1944). Sus páginas dejaron en mi, ya por aquel entonces, una huella indeleble y me ayudaron a tomar ciertas opciones de vida. Cuando años después, en diciembre de 1962 apareció *Sobre la esencia*, yo ya estaba estudiando la carrera de Filosofía. Durante todo el primer trimestre de 1963 leí y releí una y otra vez el texto y me dediqué a discutirlo a fondo, en lo positivo y en lo negativo, con mi amigo Antonio Pintor Ramos, estudiante de filosofía como yo. El rigor, la originalidad y la frescura de sus páginas convertían al libro en algo completamente distinto a los manuales que estudiábamos en la carrera, pero también en algo distinto al anterior libro de Zubiri, lo cual nos llenaba de perplejidad. En cualquier caso, una de las consecuencias que saqué de aquella lectura de *Sobre la esencia* fue que yo nunca sería capaz de hacer nada semejante, y que por tanto no merecía la pena seguir adelante con los estudios de Filosofía, que cambié dos años después por los de Medicina.

P.S.- ¿Y cuándo conoces personalmente a Zubiri?

Pues lo conocí al poco de regresar a Madrid, recién terminada la carrera de Medicina. Fue Laín, como no podía ser otra manera, quien me lo presentó en el otoño de 1970. Aquella tarde Laín me dijo que tenía que marcharse un poco antes porque iba a escuchar un conferencia de Xavier Zubiri. Ni corto ni perezoso le dije que yo también quería ir porque me interesaba mucho escucharlo y conocerlo. Y así fue. Aquel día Zubiri estaba nervioso, con prisa, tenía que hablar y no me prestó mucha atención, pero sí me dijo que, si yo quería, podíamos quedar otro día para charlar. Así sucedió; y aproveché entonces para exponerle las en mi opinión inobjetables objeciones a *Sobre la esencia*. Asistí entonces a un espectáculo tan sorprendente como cautivador. Zubiri, lejos de contestar

con respuestas tópicas o de manera despectiva, fue tomando mis argumentos, uno por uno, para analizarlos con toda seriedad y exponer si eran acordes con lo que él había pretendido comunicar en su libro. En aquel momento inolvidable se fraguó una amistad que ya no se interrumpió hasta su muerte.

Por aquellos años revoloteábamos en torno a Zubiri muchos jóvenes filósofos que nos habíamos dado de bruces con *Sobre la esencia*. Todos estábamos inquietos por las fecundas posibilidades que abría y, al mismo tiempo, por las dificultades de interpretación del libro en muchos de sus contenidos. Por eso no tardando mucho nació la idea del Seminario de Filosofía Xabier Zubiri. La idea fue en parte del propio Zubiri, que decía que era mejor, más que trabajar por separado los problemas con cada uno de nosotros, discutirlos todos juntos, y en parte de alguno de los miembros de grupo, como Alfonso López Quintás. Por decisión de Zubiri, Ignacio Ellacuría y yo fuimos co-directores del Seminario desde 1972. Zubiri asistía a todas las sesiones, escuchaba, anotaba, discutía como uno más. Posiblemente, en buena medida, porque no era fácil para un filósofo tan innovador como él contrastar sus puntos de vista de manera fecunda con filósofos "hechos" y, en cambio, era más interesante para él hacerlo con gente joven como la que asistíamos al Seminario. Allí fuimos semana tras semana, viernes a viernes, desgranando una a una las objeciones a *Sobre la esencia* y alumbrando una interpretación nueva de la filosofía de Zubiri. Nueva para nosotros y, en cierto modo, también para él, porque cada sesión le exigía repensar y recrear continuamente su propio pensamiento. De allí salieron muchos de los estímulos que llevaron a Zubiri a escribir la obra que, en mi opinión, constituye su obra de madurez, la trilogía sobre la *Inteligencia sentiente*, culminada poco antes de su muerte en 1983.

P.S.- Has hecho antes una referencia a Ignacio Ellacuría: ¿cómo fue tu relación con él?

Ante todo de gran fraternidad mutua. Los dos tuvimos la suerte de contar con el cariño y el apoyo permanente

de Xavier, y eso no podía sino unirnos de una manera fundamental. Sin embargo no puedo negar que en lo estrictamente intelectual nuestros caminos se separaron un poco en los últimos cuatro o cinco años previos al bárbaro asesinato de Ignacio en El Salvador en 1989. El motivo del distanciamiento intelectual tuvo que ver, a mi modo de ver, con la propia evolución de la filosofía de Zubiri. Ignacio tenía muchas dificultades para aceptar e integrar los nuevos planteamientos del Zubiri de la trilogía sobre la *Inteligencia sentiente*, quizás porque era mayor que algunos de nosotros, los jóvenes discípulos de Zubiri. Su marco de referencia seguía siendo *Sobre la esencia*. Esto se nota mucho en su planteamiento de la filosofía de la historia, recogido en su libro póstumo *Filosofía de la Realidad Histórica*. Obviamente esto que digo no quita en absoluto valor alguno a sus aportaciones, tanto en el campo de la filosofía de la historia, al que había dedicado mucho tiempo e interés, como de la filosofía y teología de la liberación. Su muerte fue una dolorosísima pérdida para todos.

P.S.- Para terminar con la vertiente más filosófica de tu personalidad desearía saber cómo ves tú el futuro de la filosofía de Zubiri, una filosofía muy pujante en América latina.

Yo creo que el pensamiento de Zubiri es de una fecundidad enorme, fundamentalmente porque no es un pensamiento que atrape al que lo lee y lo trabaje, sino que permite crear. Zubiri no es un escolástico que repite lo que ya otros dijeron de otra manera, sino un gran creador. Y como creador invita a que los demás sigan creando pensamiento a partir de lo que él dice, y no a someterse a su palabra ni a enzarzarse en discusiones de ortodoxia hermenéutica. A mi me parece que Zubiri es uno de los grandes creadores filosóficos de este siglo, a la altura de hombres como Husserl o Heidegger. Creo que su filosofía todavía dará mucho más de sí, a medida que vayamos repensando todas las parcelas de la realidad desde su penetrante capacidad de análisis.

P.S.- Una de las cuestiones a las que en los últimos años dedicas más tiempo, y por la que eres más conocido, es la bioética. ¿Puedes contarnos cómo llegaste a ella?

Yo a la bioética llegué de casualidad. Lo que empecé a trabajar con Laín en historia de la medicina fue la antropología médica, que era el gran tema de la filosofía médica hasta finales de los años 60. De hecho mi tesis doctoral es sobre ese tema. Lo que sucedió fue que trabajando en antropología médica empecé a vislumbrar a comienzos de los años setenta el auge de la bioética. Nosotros estábamos más o menos al tanto de lo que estaba aconteciendo en EE.UU. con la bioética, los derechos de los enfermos, etc.

Y, entonces, a mí se me ocurrió un proyecto de investigación que versara no sobre los hechos de la medicina, sobre el "es", sino sobre el "debe", sobre los valores. Es decir, un análisis de la imagen ideal que los médicos proyectaban de sí mismos en cada momento de la historia; una investigación no sobre cómo eran los médicos del momento sino sobre lo que se pensaba debían ser. En resumen, me propuse escribir una historia desiderativa de la medicina, tal y como aparece en los textos de ética médica, en los códigos deontológicos, etc, y viajé además a EE.UU. para conocer el desarrollo de la bioética en aquel país.

Los resultados de aquel proyecto no están publicados íntegramente, pero la primera parte de mi libro *Fundamentos de bioética* (1989) es, en buena medida, fruto directo de aquella investigación. Después vino la preocupación por proporcionar un fundamento filosófico adecuado a la disciplina de la bioética en tanto que ética aplicada. Y aquí fue donde me volví de nuevo a Zubiri para tratar de desarrollar toda la vertiente práctica de su pensamiento, que el propio Zubiri sólo dejó esbozado, y poder desde ahí repensar todo lo que el movimiento de la bioética estaba proponiendo. La segunda parte de *Fundamentos de bioética* es el primer resultado de ese esfuerzo.

P.S.- ¿Y qué valoración te merece la situación actual de la bioética en España?

Mi valoración es muy buena en conjunto. Tengo una espina clavada en el corazón que, además, no sé si me la voy a poder sacar alguna vez en la vida. Es el tema de la bioética y la Universidad. La Universidad tiene muchas ventajas, pero también muchos inconvenientes. Una de las ventajas es que te permite trabajar con gran libertad, y te piden pocas cuentas. Éste es también el origen de uno de sus inconvenientes. Como casi nadie te pide cuentas, cada uno hace de su capa un sayo. El resultado es que es muy frecuente que muchas de las personas que están en la Universidad no hagan nada, a lo sumo miserable política de pasillo. Y otro gran problema es lo que llamaría Ortega la "tibetanización" de la Universidad, este ver todo de puertas adentro y cerrarse respecto a la sociedad. Es decir, en vez de concienciarse de que la Universidad cumple una función social y que, por tanto, eres un privilegiado que tiene enormes responsabilidades hacia afuera, la tendencia es a realizar toda la tarea sólo en función de la propia lógica interna de la institución, que la tiene. El resultado de esa dinámica es una terrible esterilidad porque no permite novedades, ya que toda novedad se vive como un peligro para la propia subsistencia. Y esto en parte ha sucedido con los intentos de hacer entrar a la bioética en la Universidad.

P.S.- Tengo la impresión al escucharte que has tirado la toalla en el tema de la Universidad. De hecho, en este momento dedicas un esfuerzo notable a desarrollar la bioética fuera del ámbito estrictamente académico, por ejemplo, en el Instituto de Bioética de la Fundación de Ciencias de la Salud, del que eres director desde su creación en 1995.

No, no. Lo único que sucede es que yo soy consciente de que es un error meterse en la Universidad y desconectarse de la sociedad. Lo he dicho siempre. Hay que dar a la Universidad lo que es de la Universidad, pero no hay ni que violentarla pidiéndole cosas que no puede dar

o le cuesta mucho dar, ni castrarse uno intelectualmente y renunciar a desarrollar fuera de la institución lo que la institución no puede o no quiere ofrecer. Yo creo que hay que seguir trabajando en la Universidad y hacer lo que se pueda dentro de ella, mientras esperamos a que vengan tiempos mejores, si es que vienen.

P.S.- A corto plazo no ves que la bioética pueda entrar en la Universidad como disciplina...

No la dejarán, porque el actual marco de desarrollo de los planes de estudio lo pone difícil. Posiblemente la vía más sencilla sea a través de la Medicina Legal. Por Historia de la Medicina es prácticamente imposible. La vía de los Departamentos de Ética es arriesgada porque la coparán filósofos sin formación en bioética clínica. La solución sería crear una especie de áreas de conocimiento algo así como Humanidades Médicas donde se incluyera la bioética y las disciplinas afines, pero no es nada fácil. El problema es que, si yo voy al Secretario de la Comisión Nacional de Universidades y le digo hay que crear esto, lo primero que me dirá es que todo el mundo quiere que se cree un área específica para aquello en lo que trabaja. Y claro, eso me da vergüenza, porque parece que me estoy "haciendo la cama" a mí mismo. Pero no es así, lo que sucede es que estoy convencido de que es la solución más racional del problema. Esto se lo he dicho ya a todo el mundo y lo repito siempre que tengo ocasión. Yo lo veo difícil.

P.S.- Quisiera que pasáramos ahora a otra cuestión; es tu experiencia religiosa y tu experiencia de Iglesia.

Yo he sido siempre un cristiano relativamente activo, como buena parte de la gente de mi generación, sobre todo en el período del Vaticano II. Donde hoy lo tengo más oscuro no es en el campo de la Teología, de los dogmas, o de las creencias, sino en el campo de las relaciones entre Ética y Religión, quizás por el mundo en el que me muevo. Ahí se me obliga a vivir personalmente desde fuera en continuo conflicto. No es que yo me busque el

conflicto, es que me los buscan. Pero es que además estoy convencido de que se están equivocando y que muy pronto tendrán que comenzar a desdecirse de muchas cosas que ahora se presentan como casi inmutables. Y es que la historia enseña mucho. Hace poco recordaba con un amigo cuando antes de los años 60 se hablaba en la Iglesia del tema de la tolerancia y de los derechos que debía tener cualquier religión en el seno de una sociedad. Siempre se decía lo mismo: evidentemente todas las religiones o todas las personas con una creencia particular viven en la verdad subjetiva de que esa creencia es cierta, pero una cosa es la verdad subjetiva y otra la verdad objetiva. La verdad objetiva sólo está dentro de la Iglesia Católica y, por tanto, los que estén fuera de ella no pueden tener los mismos derechos que los que estén dentro. Pero en 1963 llega un señor llamado Juan XXIII, y en la *Pacem in Terris* dice que todo eso está fuera de lugar porque la libertad de conciencia es un derecho humano que ha aprobado la ONU y que todo el mundo tiene que respetarlo. Y dos años más tarde el Concilio Vaticano II lo repite aún con mucha mayor contundencia en su *Declaración sobre la libertad religiosa*. Nadie ha vuelto a hablar de aquello. Y mira que nos habían dado la lata por activa y por pasiva con aquella cuestión, y los debates que nos hicieron tener. La memoria histórica de la Iglesia parece ser a veces muy floja. Te hacen vivir tiempo y tiempo en una especie de anatema continuo que de pronto, de la noche a la mañana, se acaba. En muchas cuestiones de moral actualmente debatidas es muy probable que suceda lo mismo. Yo ahí sí diría que tengo algunos pequeños conflictos que tampoco van a ningún lado, pero que me los hacen vivir un poco desagradablemente. Lo único que pasa es que soy un seglar y tampoco me pueden hacer nada. Si fuese un sacerdote o un religioso pues me llamarían al orden, pero así lo tienen difícil.

P.S.- ¿Qué puedes contar de tu experiencia de fe o de Dios?

Creo que soy un hombre realmente religioso. Eso creo. Ciertamente la experiencia religiosa tiene varios niveles.

Hay un primer nivel de experiencia religiosa que no es necesariamente la experiencia religiosa cristiana. Es la experiencia religiosa primaria en tanto que experiencia del don sin límites, la experiencia de lo que se te da sin tú haberlo merecido y que evidentemente suscita sentimientos de gratitud hacia aquél que te lo ha dado. Yo creo que siempre he tenido esa experiencia fundamental. Mucha gente la tiene sin necesidad de dar el siguiente paso, que es la experiencia cristiana. Se para ahí. Incluso en ese nivel de experiencia primaria existe una cierta forma de oración, expresada como gratitud o alabanza.

El siguiente nivel es la experiencia religiosa cristiana. El problema es saber qué es lo específico de dicha experiencia. Ahí sí que soy zubiriano: la experiencia cristiana es primariamente la experiencia de reconocer en Jesús al Cristo que se nos da como don. Pero no es primariamente la experiencia de la Salvación, ni por tanto tiene nada que ver en principio ni con el mérito ni con la moral. Eso viene después. Pero la religión cristiana –Zubiri lo decía y lo ha escrito– no es primariamente una religión de Salvación, sino religión de deiformidad. Esto está ya en San Pablo, cuando habla, por ejemplo en el himno de Colosenses, de la *morphé* de Cristo.

P.S.- Quisiera preguntarte por último por tu visión actual del mundo y de la humanidad, por esto que llamamos la globalización y por los retos que nos plantea.

Aquí ya entramos en otro terreno, que es de filosofía práctica, y por tanto en el que me muevo más desde la óptica de la Ética que de la Religión. A mi me parece que el proceso de globalización, en primer lugar, ya no tiene vuelta atrás. Pero lo que sí hay que señalar es que hay que globalizar muchas cosas, no sólo la Economía. Por ejemplo, una cosa importante es que, por primera vez, lo que parece que vamos a conseguir, es que la humanidad empiece a considerarse a sí misma una unidad entera. Esto no ha sido nunca así. El gran problema de la humanidad no ha sido decir si somos o no hermanos, o si nos merecemos respeto o no. El problema principal ha sido

definir quienes son nuestros semejantes: los que están en mi misma patria, los que profesan la misma religión o la misma ideología que yo, etc. Es decir, la universalización del concepto de hombre es un tema de la Modernidad, pero creo que ahora es cuando estamos empezando realmente a llevarla a cabo y sacando hasta sus últimas consecuencias. Por ejemplo, ahora estamos empezando a considerar que la humanidad no está formada sólo por los que vivimos ahora, sino que también, de alguna forma, por todos los que conformarán las generaciones venideras. Por tanto, la globalización debe llevar aparejada la idea de universalización, no sólo de la Economía, sino también de la Ética. En este sentido creo que la globalización es un reto intelectual de primera magnitud, a todos los niveles, filosófico y moral. Según lo hagamos bien o mal nos estamos jugando el futuro. Pero yo no estoy nada seguro de que lo vayamos a hacer bien. Me parece que está por demostrar que ésta sea una película que vaya a tener un final feliz.

P.S.- Te noto un cierto tono apocalíptico.

Yo en el fondo tengo una dosis importante de pesimismo, lo que pasa es que la gente no se lo cree porque me ven muy ilusionado con muchas cosas. Pero en realidad es que me tomo muy en serio esa frase de San Pablo que habla de esperar contra toda esperanza. Yo actúo como si todas las cosas fueran a salir bien y dependieran de mí para ello, pero no estoy nada convencido ni de que vayan a funcionar ni de que ello dependa de mí. Esto, curiosamente, me da en la vida cierto fondo sanamente escéptico. Yo lo hago, aunque no sepa si funcionará o no.

P.S.- Esto Mounier lo llamaba "optimismo trágico".

No lo sabía. Yo tengo que decir que con frecuencia actúo sin saber en realidad si todo lo que hago y en lo que me esfuerzo, vaya realmente a servir para algo. Eso, curiosamente, me da una cierta paz interior. Que fracasas, pues bueno, no pasa nada. Hay que seguir adelante.